

Los intelectuales, la cultura y el poder

Respuestas para Topía¹

Maristella Svampa

1-La noción de intelectual tiene una larga historia que va desde el affaire Dreyfus y continua con las ideas de Antonio Gramsci sobre la “hegemonía cultural”, el compromiso sartriano, los trabajos sobre los intelectuales y el poder de Bourdieu hasta los debates sobre la función de los intelectuales entre Antonio Tabucchi y Umberto Eco para citar algunos ejemplos. En este sentido, ¿Cuál es la función del intelectual en la actualidad?

El concepto de intelectual, su función y el rol del pensamiento crítico articulan una serie de debates de gran contenido histórico y político, tanto en Europa como en América Latina. Podría decirse que hay un cierto consenso en la extensa bibliografía sobre intelectuales: por un lado, para hablar de intelectuales debe haber *una vocación por la intervención pública*. Esto implica romper con los límites endogámicos que impone el saber experto; vincularse con otros actores sociales y mundos de vida, en función de la defensa de ciertos valores éticos, políticos e ideológicos. Por otro lado, esta intervención pública implica *una determinada relación –de compromiso o de distancia– con lo político y el poder*. Así, la presencia de estas dos dimensiones es lo que permite distinguir un académico, un artista o un profesor universitario de un intelectual como actor público. Finalmente, para algunos el carácter gregario o el recurso a la acción colectiva es una dimensión originaria a la hora de hablar del intelectual, aunque desde mi perspectiva, ésta no sea una condición ineludible. Aún hoy podemos encontrar modalidades vinculadas a la figura del intelectual político como “francotirador” (el caso de E.Said, por ejemplo).

Así, y más allá de los aportes esclarecedores realizados por Gramsci o por Foucault; el primero para generalizar un concepto, estableciendo nuevas tipologías vinculadas a la función del intelectual; el segundo para tomar distancia de las definiciones más genéricas y enfatizar la idea de “intelectual específico”; los elementos enunciados más arriba continúan siendo dimensiones fundamentales del “devenir intelectual” en la sociedad contemporánea.

A estas consideraciones generales, agregaría que, tradicionalmente, en América Latina las fronteras entre intelectuales y política han sido porosas, ya que tempranamente los intelectuales se convirtieron en actores de la vida pública, en función de la defensa de ciertos valores éticos y políticos. La difícil tarea de consolidación de un campo intelectual autónomo, que comienza a operarse a mediados del siglo XX aparece ligada a este vaivén de los intelectuales

¹ Escrito especialmente para la Revista *Topía*, Dossier sobre “Los Intelectuales, la cultura y el poder”, 2012, en prensa.

latinoamericanos entre ambas esferas, y al involucramiento constante de los intelectuales en la vida política y social de su país.

¿Cual es la particularidad que debe tener el desarrollo de un “pensamiento crítico”?

Existe una importante tradición de pensamiento crítico en América Latina. Este extrae no sólo sus tópicos, sino su talante teórico y su potencia de los conflictos sociales y políticos de su tiempo, del análisis de la dinámica propia de acumulación del capitalismo en la periferia y sus diferentes fases; de las formas que asumen las desigualdades sociales, raciales, territoriales y de género en nuestras sociedades; de los procesos de movilización de los sectores subalternos, sus demandas de cambio social y sus gramáticas políticas. Ideas como las de Desarrollo y Modernidad, Dependencia y Revolución, Democracia y Derechos humanos, Posneoliberalismo y Post-desarrollo, entre otros tópicos, son conceptos y categorías del pensamiento crítico latinoamericano, que atraviesan y estructuran diferentes períodos de nuestra historia.

En la actualidad, dichos saberes y disciplinas críticas no se nutren solamente de una tradición cosmopolita -que fagocita e invoca las más variadas escuelas y corrientes críticas de la modernidad occidental-, sino también de otras tradiciones, anteriormente invisibilizadas o denegadas en términos epistemológicos, sobre todo en lo que se refiere a los saberes vernáculos y las cosmovisiones de pueblos originarios. En esta línea, en América Latina existe una incipiente “ecología de saberes”, como diría Boaventura de Sousa Santos, que en mi opinión incluye también la recuperación de ciertos temas y debates que han recorrido la historia de las ciencias sociales y humanas en América Latina, las cuales –como es sabido- se han caracterizado por un déficit de acumulación, que ha conspirado contra la posibilidad de un real reconocimiento dentro y fuera del continente.

Por otro lado, una de las exigencias que atraviesa el pensamiento crítico es la de pensar las luchas y conflictos de su tiempo, no solamente desde la elaboración de “conceptos críticos” (del neoliberalismo; del desarrollismo, entre otros) sino también a través de “*categorías-horizontes*”, esto es, desde un pensamiento propositivo, innovador, instituyente, que apunte a generar alternativas emancipatorias.

Por último, aunque uno estaría tentado de afirmar el carácter irreductible de la crítica intelectual frente al poder, más allá de los valores o sujetos sociales que se invoquen como fundamento (el Partido, el Sujeto social o el Estado revolucionario), no siempre es así. Fueron los debates en torno a las revoluciones realmente existentes los que pusieron en jaque la autonomía del pensamiento crítico: por ejemplo, la revolución cubana todavía continúa siendo una suerte de punto ciego una parte importante de la izquierda latinoamericana. En esta misma línea, en la actualidad no son pocos los intelectuales que aparecen vinculados a los procesos políticos liderados por los gobiernos progresistas del continente y que alimentan nuevas obturaciones y puntos ciegos de la crítica, frente al peligro “del retorno de la derecha”.

Desde mi perspectiva, estos debates y reposicionamientos han traído consigo una nueva fractura en el campo del pensamiento crítico latinoamericano. Así, a diferencia de los '90, cuando el continente aparecía reformateado de manera unidireccional por el modelo neoliberal, el nuevo siglo viene signado menos por los discursos únicos que por un conjunto de tensiones y contradicciones de difícil procesamiento. El pasaje del Consenso de Washington al Consenso de los Commodities instala nuevas problemáticas y paradojas que tienden a reconfigurar el horizonte del pensamiento crítico, enfrentándonos a desgarramientos teóricos y políticos, que van cristalizándose en un haz de posiciones ideológicas, al parecer cada vez más antagónicas.

2-¿Cuáles son los efectos de la crisis del capitalismo mundializado en la cultura y en los intelectuales?

Sin duda, lo que ha sucedido en las últimas décadas (crisis del marxismo, derrumbe de los socialismos reales, ingreso a la globalización neoliberal), ha trastocado los contornos políticos y epistemológicos de la tarea del intelectual. Por un lado, la demanda de profesionalidad y la especialización del saber repercutieron sobre las figuras realmente existentes del intelectual y terminaron por otorgarle centralidad a la figura del *intelectual experto*. Atrás parece haber quedado la figura del *intelectual legislador* (independientemente del signo ideológico) y su pretensión de universalidad (en muchos casos, ligada al Partido Revolucionario). Como bien señala Z. Bauman, éste ha sido paulatinamente reemplazado por figuras más modestas, por ejemplo, la del *intelectual intérprete*, que se define más como un traductor y comunicador de saberes, sin pretensión legislativa alguna. A esto agregaría que las últimas décadas han visto surgir también a la figura posmoderna del *intelectual ironista*, aquel que a partir de la crisis de los lenguajes emancipatorios y de los paradigmas totalizantes, plantea la distancia irónica y provocativa respecto de la realidad, situándose como tal entre el escepticismo político y el rechazo a cualquier posibilidad de acción colectiva para la transformación de dicha realidad.

Así, creo yo, hoy existen una pluralidad (o fragmentación) de figuras posibles del intelectual, definidas de manera más acotadas, tanto desde una perspectiva epistemológica como política.

3-¿Cuál es el grado de autonomía de la cultura en relación a las distintas fracciones del poder? En este sentido, ¿Cómo se entiende la idea de “batalla cultural”?

Antes dije que el pensamiento crítico se nutre de la nueva gramática de las luchas sociales, de esos otros lenguajes de valoración que se construyen a distancia del poder –acerca de la sociedad, la democracia, las luchas sociales, la expansión de los derechos-. No hay que olvidar que, desde fines de 2001, en Argentina, la academia vuelve a ser interpelada políticamente, esta vez por los movimientos sociales populares y contestatarios. Producto de esta interpelación es el surgimiento de nuevas figuras del intelectual, entre ellas, la del *intelectual anfibio*. Dicha figura

está vinculada a la repolitización de academia, a la emergencia de una nueva generación de intelectuales ligada a la militancia social, y por ende a las tensiones que se generan entre “pensamiento militante” y “discurso del experto”. Entiendo por “intelectual anfibio” aquel que se define por su pertenencia a varios mundos, que es capaz de habitar y recorrer esos varios mundos y disciplinas, de desarrollar, por ende, una mayor comprensión y reflexividad tanto sobre las diferentes realidades sociales como sobre sí mismo. Asimismo, esta conceptualización sostiene, a la manera de Bourdieu, que “un pensamiento verdaderamente crítico debe comenzar con una crítica de los fundamentos económicos y sociales del propio pensamiento crítico”. *La auto-interpelación*, esto es, la indagación sobre las propias condiciones de producción del pensamiento, es otro de los elementos que atraviesa las nuevas figuras del intelectual crítico, vinculadas a organizaciones y movimientos sociales.

En este marco, el sentido que adoptaba la “batalla cultural” estaba vinculado a la necesidad dar cuenta de luchas invisibilizadas por el poder político, económico y mediático; de contribuir a la desestigmatización de esas voces bajas, de tratar de establecer puentes y vínculos entre realidades diferentes, interpelando el sentido común hegemónico, para colocar otros temas y conceptos en el debate público. En términos políticos, nos confrontaba también a otros dilemas e interrogantes, que constantemente retornan, como por ejemplo, el de pensar la relación con la cultura política peronista, su legado y las vías de su actualización.

A partir de 2008, asistimos a la actualización de una lógica cultural de carácter binario, lo cual contribuyó a rediseñar y reducir los escenarios o los diferentes frentes de conflicto, a una oposición central. Este contexto de polarización cambió el sentido mismo de la llamada “batalla cultural”. Como en otras épocas de la historia argentina, los esquemas dicotómicos, que comenzaron siendo principios reductores de la complejidad en un momento de conflicto, terminaron por funcionar como una estructura general de inteligibilidad de la realidad política. Al mismo tiempo, este marco de fuerte polarización torna mucho más compleja la tarea del intelectual crítico, de cara a los poderes enfrentados, produciendo simplificaciones, nuevos silenciamientos e invisibilizaciones.

Creo que la conciencia de esa notoria dificultad (la de hacer audible una voz fundada en la doble disidencia, en la crítica a las diferentes formas de poder –político, económico, mediático), es la que ha generado la necesidad de pensar en la creación de nuevos nucleamientos de intelectuales.

4-Es evidente que se ha producido en nuestro país un hecho nuevo: el agrupamiento de los intelectuales para tomar posiciones sobre diferentes circunstancias políticas, económica y sociales (Carta abierta, La Asamblea de intelectuales, docentes y artistas

del Frente de Izquierda, Plataforma, el grupo Aurora) ¿Cómo entiende este hecho? ¿Cuál es su importancia? ¿Qué influencia tienen los intelectuales en el devenir de la sociedad?

Los intelectuales argentinos somos bastante gregarios y la capacidad de nuclearnos en colectivos no es algo novedoso. Desde el período democrático inaugurado en 1983, ha habido distintos nucleamientos y numerosos proyectos culturales colectivos, tal como lo analiza el reciente libro de Héctor Pavón sobre los intelectuales argentinos. El caso más emblemático es el del Club Socialista, que arranca en 1984 y cierra sus puertas en 2008. Este fue uno de los lugares por excelencia en el cual los intelectuales argentinos de la generación del exilio procesaron colectivamente la ruptura con los ideales revolucionarios, e incorporaron una visión pluralista (y cada vez más formalista) de la democracia. Fue también un lugar con proyección política.

En un contexto de polarización más reciente, nacieron otros colectivos de intelectuales. En su momento, Carta Abierta tuvo una gran capacidad de interpelación, al redefinir el conflicto que se estaba viviendo en 2008 como “destituyente”; o hablar de un “golpismo sin sujeto”, aún si luego tendió a seguir la agenda del gobierno, con críticas más bien tímidas. Asimismo, con el paso de los años, Carta Abierta ilustra también la consolidación de una nueva figura del intelectual político; ya no la del “consejero del príncipe” -que fue la figura que se difundió bajo el alfonsinismo, con el Grupo Esmeralda-, sino la del “intelectual funcionario”, asociado a la política como gestión.

Y en el marco de dicha polarización, tratando de escapar a ella, nació también Plataforma, en enero de 2012, como un espacio colectivo que nuclea a intelectuales y trabajadores de la cultura provenientes de diversos ámbitos, preocupados por los derechos humanos, de ayer y de hoy, así como de las diferentes formas de desigualdad que atraviesan la sociedad argentina actual. Surgió de la necesidad de crear una voz independiente de los diferentes poderes (políticos, económicos, mediáticos), tratando de no caer en el peligroso juego de los reduccionismos y las polarizaciones descalificadoras que tienden a encapsular el debate en una disputa entre posiciones pro-k y anti-k. En este sentido, antes que plantear un “debate entre intelectuales” como cierta lógica mediática pretendió instalar, Plataforma 2012 propone debatir abierta y públicamente los grandes temas nacionales –algunos de los cuales no figuran en la agenda política-. La repercusión positiva que tuvo la creación de Plataforma 2012, reforzó en nosotros la idea de avanzar en este tipo de apuesta colectiva. Así, no sé cuanta puede ser su influencia real en la sociedad, probablemente casi nula, pero son numerosas las personas que desde distintos puntos del país, desde diferentes ámbitos de la cultura, del pensamiento, de la militancia social y ambiental, de pueblos originarios, nos hicieron llegar su saludo entusiasta y apoyo activo, subrayando a través de ello la existencia de un pensamiento popular y crítico, por fuera y más allá de la hegemonía cultural del oficialismo.